

Juliana y Semproniana, una llama encendida



Josep Lligadas

Santos
y Santos

176

Des mártires casi desconocidas,
que serían un potente estímulo cristiano y judaico.

Santas Juliana y Semproniana en Mataró

La persecución de Diocleciano fue realmente, para las comunidades cristianas de todo el imperio, un terrible incendio. En las tierras hispánicas, los años 303 y 304 fueron recordados como una razzia que lo arrasó todo: todo, menos la fe cristiana. Porque muy pronto, justo nueve años después, en el año 313, el emperador Constantino se dio cuenta de que la penetración del cristianismo había llegado a todas las junturas del imperio. Y concluyó que lo más razonable era hacer exactamente lo contrario que su antecesor. De modo que, a partir de aquel momento, el cristianismo pasó a ser una religión protegida –y más adelante, oficial– por las autoridades.

Los cristianos respiraron. Ciertamente, de cara al futuro, la nueva situación provocó también notables problemas. Pero de momento respiraron, y sintieron la alegría de poder recordar y venerar públicamente a los mártires que habían muerto por fidelidad a su fe. Y fueron circulando, de una comunidad a otra, algunos nombres especialmente insignes, que se iban convirtiendo en puntos de referencia para la vida de los creyentes. En la península, tuvieron especial relevancia y veneración, por encima de todos, Vicente de Valencia y Eulalia de Mérida. Y junto a ellos, nuestro Cucufate, y Eulalia de Barcelona, Félix de Gerona, Acisclo de Córdoba, Justo y Pastor de Alcalá de Henares, Leocadia de Toledo, Celedonio y Emeterio de Calahorra, y algunos otros.

Estos son los mártires más recordados de la persecución de Diocleciano, a los que deben añadirse los mártires peninsulares más antiguos, que antes ya hemos citado: el obispo Fructuoso de Tarragona y sus diáconos Augurio y Eulogio, muertos en la persecución del año 259.

Pero junto a éstos, que adquirieron relevancia más allá de sus lugares de origen, y eran citados en las celebraciones litúrgicas, y se les edificaban iglesias, en cada lugar, sin duda, se mantenía el recuerdo también de otros mártires menos conocidos, hombres y mujeres cristianos que había muerto igualmente por su fe. De algunos se conservaban también reliquias, y su nombre era recordado, pero sin que este recuerdo fuera conocido mas allá del lugar concreto donde habían muerto.

Y este debe de ser el caso de Juliana y Semproniana. La primera noticia que tenemos de ellas es del año 1089. En aquel año, unas reliquias de los santos Cucufate, Severo, Hilario, Juliana y Semproniana, fueron llevadas, del monasterio de Sant Cugat del Vallés –san Cucufate, “Cugat” en catalán, dio nombre a la población–, al de San Esteban de Bañolas, para ser depositadas en un altar nuevo que allí se consagró. La consagración la realizó, dice el acta correspondiente, el obispo Dalmacio de Narbona, que era el responsable eclesiástico de la Marca Hispánica, ya que Tarragona, que era la capital histórica de la región, estaba todavía en manos de los musulmanes y no tenía obispo.

En el monasterio de Sant Cugat, edificado sobre el *Castrum Octavianum*, pues, se había mantenido el recuerdo y las reliquias de aquellas dos mártires, y en documentos posteriores se dirá también que murieron allí mismo, en

el lugar donde había muerto aquel que las había llevado a la fe, san Cucufate. Y el nombre de Juliana y Semproniana, desde entonces, irá apareciendo a menudo, siempre vinculado al culto que recibía san Cucufate, y también a las concesiones de reliquias y a los traslados que alguna vez tuvieron lugar por diversos motivos. En concreto, son destacables el traslado que se hizo de las reliquias a Barcelona a causa, probablemente, de la inseguridad en la que se encontraba el monasterio debido a las guerras, de los “remences” (siervos de la gleba) en el siglo XV, y de los segadores en el XVII.

Igualmente hay que señalar, como un argumento más sobre el recuerdo constante de las santas Juliana y Semproniana asociadas a san Cucufate, la urna de plata del siglo XIV en la que se guardaban las reliquias del mártir, actualmente conservada en el museo de la Pía Almoína de Barcelona después de haber permanecido durante muchos años en la desaparecida parroquia barcelonesa de Sant Cugat del Rec (y de la que hay sendas copias en las parroquias de Santa María del Mar, donde están depositadas las reliquias, y en Sant Cugat del Vallés), en la que se ve a dos muchachas sepultando el cuerpo del santo en un sarcófago. Y es que, al mismo tiempo que aparecen los primeros datos históricos de la existencia de sus reliquias, también aparecen las primeras narraciones de su martirio, por el deseo de saber, de aquellas mártires, algo más que su nombre. Y así, siguiendo el modelo de lo que cuentan las actas auténticas de otros mártires de la época de Diocleciano, se narra que quien era entonces prefecto romano de esta región, Rufino, después de haber mandado decapitar a Cucufate, se enteró de que dos muchachas que eran sus discípulas le habían dado

sepultura, cosa que las delataba como cristianas. Las llamó a su presencia, y siguiendo la política habitual en estos casos, primero intentó halagarlas y convencerlas de la inutilidad de su fe, y de lo mucho que ganarían si ofrecían sacrificios a los dioses. Como ellas no cedían, comenzó a amenazarlas y después a torturarlas, hasta que finalmente ordenó su muerte. No sabemos, ciertamente, si las cosas se desarrollaron de esta manera, pero sin duda podrían haber sido así: la sepultura de los cuerpos de los mártires era uno de los principales elementos de identificación de los cristianos, y el sistema de halagos y deseos de convencer, seguido de amenazas y torturas, era también la táctica generalizada que utilizaban los prefectos romanos.

Todo este proceso de popularización del culto de las santas Juliana y Semproniana asociado al de san Cucufate, llega un momento en que da un giro determinantes. Y es cuando Joan Gaspar Roig, de la orden de los Mínimos y hombre de reconocido prestigio intelectual, publica en 1667 una obra sobre los santos catalanes, en la que afirma que, según un documento conservado en el monasterio de Sant Cugat, las santas mártires Juliana y Semproniana eran hijas de Mataró. Y, siguiendo esta línea, en pocos años otros autores de una cierta fama como Gregorio de Argaiz y Bonaventura Tristany, publican sendas obras basándose también en supuestos documentos antiguos, en las que afirman lo mismo.

Después se ha visto que los tales documentos antiguos eran más bien elaboraciones recientes y sin base histórica sólida, pero el impacto en la ciudad fue definitivo, y provocó un movimiento de exaltación de las mártires de gran alcance. Y es que el terreno estaba bien abonado.



Porque en aquellas épocas, Mataró se está convirtiendo en una de las principales ciudades de Cataluña, con un crecimiento demográfico y económico sin precedentes en la historia de la población, lo que provoca un gran orgullo ciudadano y la acogida entusiasta de todo lo que pueda darle todavía más esplendor. Y ahí entra la recuperación y enaltecimiento del pasado: el pasado romano de Iluro, y el pasado cristiano que la noticia del supuesto origen mataronés de las dos mártires contribuyen a ensalzar.

Y hay que decir que, con todos los cambios que el tiempo provoca, este empuje iniciado en el siglo XVII no se ha detenido: independientemente de la autenticidad de este origen, está claro que, desde aquellos momentos y hasta la actualidad, las santas mártires Juliana y Semproniana forman parte inseparable de la vida y la historia de Mataró. Porque, aunque no nacieran allí, aquellas dos cristianas jóvenes y convencidas son, ciertamente, insignes hijas adoptivas de la ciudad. En Mataró, Juliana y Semproniana son, simplemente, “las Santas”, por antonomasia, sin necesidad de añadir ningún nombre que las identifique.

En 1862 encontramos la primera señal de todo esto: en la sesión del 23 de febrero, el Consejo Municipal acuerda solicitar al monasterio de San Cugat del Vallés reliquias de las dos santas, y reitera la petición un par de meses después, el 29 de abril. Y aquel mismo año, se celebra por primera vez un acto de culto dedicado a ellas, aunque de carácter privado: según consta en el dietario de la comunidad de presbíteros de la parroquia de Santa María, dos devotos pagan respectivamente para que el 26 de julio se celebren Completas de las santas Juliana y Semproniana, y el 27 por la mañana Maitines

de san Cucufate. Y así, en los años que siguen, diversos particulares van manteniendo este culto no oficial. Hasta que en 1722 la iniciativa se hace colectiva: aquel año, el 26 de julio, unos vecinos colocan en una fachada de la calle donde residen una hornacina con las imágenes de las Santas, asegurando que era allí donde habían vivido, e inician, sufragando ellos mismos los gastos o por medio de diversos gremios y cofradías, un culto prácticamente continuado cada año.

Y llega el año 1772. Finalmente, y contando con el apoyo del obispo de Barcelona y el capitán general de Cataluña, los mataroneses consiguen que el monasterio de Sant Cugat les conceda parte de las reliquias de las Santas. El traslado será solemne.

La llegada de las reliquias disparará definitivamente el culto de las Santas en Mataró. Con el apoyo del clero, de la corporación municipal y de los vecinos de la ciudad, se iniciará ya inmediatamente la celebración anual oficial de la misa y la procesión, la novena, el rezo solemne de maitines, vísperas y completas, y toda clase de actos de culto. Y a partir de estos actos religiosos, irán creciendo también las celebraciones populares de toda clase, de modo que las fiestas de las Santas no tardarán en sustituir la fiesta mayor que hasta entonces se celebraba el 15 de agosto.

El paso siguiente será la declaración de las Santas como patronas de Mataró. El hecho tendrá lugar en 1852, después de un peculiar referéndum celebrado durante el mes de marzo en cada una de las calles de la ciudad, vecindarios del término, y comunidades religiosas, y en el que sólo hubo dos votos en contra. Y así, el 16 de

diciembre tuvo lugar la proclamación del patronazgo por parte de Roma.

Y finalmente debemos mencionar las grandes celebraciones del año 1904, con motivo del decimosexto centenario del martirio. Las fotografías de la época muestran lo que sin duda fue el impacto principal de aquellos días: la fachada de la iglesia de Santa María iluminada con miles de bombillas, y también el gran número de bombillas y cirios en todos los rincones del interior, ampliando en mucho los que entonces ya se solían prender en las grandes fiestas. Y junto a esto, toda clase de actos religiosos y populares, con una novena predicada cada día por un obispo diferente... Fue, quizás, la ocasión en la que se vivió con mayor intensidad el sentido religioso y ciudadano de la vinculación mataronesa de Juliana y Semproniana.

Una misa única

Las cosas han cambiado mucho, a lo largo de los años. Ahora, el entusiasmo de los mataroneses del año 1667, o de 1772, o de 1853, o de 1904 por sus patronas queda un poco lejos.

Pero hay un acto, un acontecimiento de las fiestas que sí prosigue bien vivo y que, además, es un elemento central que no se da en ninguna otra parte.

Cada año, el 27 de julio, la iglesia de Santa María se llena. Una gran cantidad de personas acuden a la basílica y se disponen a pasar allí tres horas durante las cuales se celebra la Eucaristía, pero de una forma bien peculiar: el canto, a cargo de un coro popular, y en latín, ocupa la mayor parte del tiempo. El coro canta el Kyrie, el Gloria, el Gradual, el Credo, el Sanctus y el Agnus, que son extraordinariamente largos, mientras que el resto de elementos de la celebración son en catalán.

El coro que canta esta misa está formado por todas aquellas personas que quieren participar y que están dispuestas a asistir a los ensayos que se celebran durante los meses anteriores, dos veces por semana. Muchos de los que cantan son creyentes, ciertamente, pero otros no. Y a nadie se le pregunta por los motivos por los que participa en aquella celebración: a todos les une el sentido de ciudad, y la alegría de vivir juntos el sentido de fiesta. El recuerdo de Juliana y Semproniana tiene, para los cristianos, un profundo sentido de testimonio y de